

TAMBIEN LOS PIGMEOS TIENEN DON DE POESIA

Escribe: JORGE ZALAMEA

Diseminadas en los grandes bosques de la enorme masa continental que antes fuera el Africa Ecuatorial Francesa y el Congo Belga y que hoy abarca los Estados independientes del Gabón, el Congo y la República Central Africana, viven pequeñas tribus de pigmeos o, para ser más exactos en la clasificación racial, de *negrillos*. Su piel es de color amarillo rojizo; su estatura alcanza apenas al metro y medio; su torso, vigorosamente modelado en los pectorales, y bien proporcionado según nuestros cánones, contrasta con la aparente debilidad de las extremidades inferiores que son cortas y enjutas; el cráneo y el rostro no presentan anomalías chocantes: la frente es normal, de un castaño claro los ojos, la nariz larga y aguileña, el labio inferior ligeramente pronunciado.

Según testimonios de misioneros y antropólogos, los negrillos suelen ser afables y serviciales; tiernos en sus relaciones familiares, especialmente con relación a la progenie; imaginativos hasta las más cándidas manifestaciones de la mitomanía.

En su dura vida, buscan la subsistencia en la recolección de frutos silvestres y, más sustanciosamente, en la caza, necesidad-deporte en la cual son particularmente diestros.

Los negrillos son el extremo límite de las comunidades humanas subdesarrolladas. Esos hombrecillos refugiados en las más intrincadas selvas del Africa ecuatorial, se presentan ante el hombre de occidente, *civilizado y cristiano*, como los míseros residuos de una raza en trance de definitiva desaparición. Asimilados a las bestias, mero objeto de curiosidad para el turista y frío tema de estudio para antropólogos y sociólogos, nadie pensaría que también ellos poseen el don poético. No obstante, me atrevo a creer que en las canciones que presentaré luego, hay más, puras esencias de poesía y una más profunda y trascendental transformación de los hechos cotidianos en materia poética, que en la casi totalidad de las producciones que solemos leer y soportar en los suplementos dominico-literarios de nuestros periódicos.

Aunque parezca increíble, el valor mágico atribuído a las palabras por todos los pueblos primitivos se encuentra reemplazado en el poema que se leerá luego por el irónico escepticismo del poeta negrillo que sabe convertir su sortilegio en una apelación a la razón de su tribu. A la que interroga en estos términos:

*Los espíritus del bosque, los espectros de la noche  
Que durante el claro día  
Como los murciélagos que chupan la sangre de los hombres,  
Permanecen aferrados a las resbaladizas paredes de las grandes cavernas,  
Detrás del musgo verde, detrás de las grandes piedras blancas,  
Dime, ¿quién los ha visto? A los espectros de la noche,  
Dime, ¿quién los ha visto?*

El poeta, la "lengua" de estas errantes tribus de cazadores, va a describirnos ahora con asombrosa exactitud la selva por cuyo laberinto se pasea el elefante y va a invitar al cazador más hábil a que mida su destreza con la enorme bestia y a que la convierta en generosa provisión de "esa vianda que anda como una colina". Identificado con la naturaleza que lo rodea, puede pintárnosla en todos sus detalles; acuciado por el hambre, logra hacer del cazador tribal un héroe revestido con la coraza impenetrable de la magia poética. El poema se titula: "El Cazador de Elefantes" y dice así:

*Bajo el bosque que llora, bajo el viento nocturno,  
La noche toda negra se ha acostado, dichosa.  
Se fugaron del cielo las estrellas: temblorosas  
Luciérnagas que brillan, vagas, y se apagan.  
Allá arriba, la luna está sombría: su blanca luz extinta.  
Los espíritus vagan.  
¡Cazador de elefantes, toma tu arco!*

*Duerme el árbol en el bosque medroso; muertas están las hojas.  
Los monos, colgados de las más altas ramas, han cerrado los ojos.  
Los antílopes se deslizan con paso silencioso:  
Comen la hierba fresca, yerguen la oreja, atentos;  
Levantán la cabeza y escuchan, temerosos.  
La cigarra se calla, encerrando su canción rechinante.  
¡Cazador de elefantes, toma tu arco!*

*En el bosque azotado por el chubasco,  
Papá elefante marcha pesadamente: ban, ban;  
Desdénoso y sin temor, seguro de su fuerza,  
Papá elefante, a quien nadie podría vencer,  
Anda quebrando el arbolado, se detiene y prosigue,  
Come, berrea, derriba los árboles y busca a su hembra.  
Papá elefante: se te oye de lejos.  
¡Cazador de elefantes, toma tu arco!*

*En el bosque que sólo tú recorres,  
 Cazador, sé valiente: deslízate, corre, salta, marcha!  
 La vianda está ante tí, el trozo enorme de vianda,  
 La vianda que anda como una colina,  
 La vinada que alegra el corazón,  
 La vianda que se asará en tu hogar,  
 La vianda en que se hincarán tus dientes,  
 La hermosa vianda roja... y la humeante sangre bebida!  
 ¡Cazador de elefantes, toma tu arco!*

Contra los impiadosos desmanes de la naturaleza, los hombrecillos nemorosos del Africa ecuatorial levantan diques de palabras mágico-poéticas para conjurar, como en el siguiente poema, los furores de la tempestad desatada en las alturas y pronta a abatirse sobre las miserables cabañas y los árboles que las protegen y disimulan:

*Arcoiris, oh arcoiris:  
 Tú que tan alto brillas, en lo alto,  
 Por sobre el bosque tan grande,  
 En mitad de las nubes negras  
 Partiendo el cielo sombrío.*

*Vencedor en la lucha,  
 Derribaste al trueno que gruñía,  
 Que gruñía tan fuerte, el irritado!  
 ¿Estaba enfadado con nosotros?*

*En mitad de las nubes negras,  
 Partiendo el cielo sombrío  
 Como el cuchilló que corta el fruto demasiado maduro,  
 Arcoiris, Arcoiris!*

*Y, como el antílope ante la pantera,  
 Emprendió la fuga  
 El rayo matador de hombres.  
 Y emprendió la fuga,  
 Arcoiris, Arcoiris!*

*Arco poderoso del Cazador de lo alto,  
 Del cazador que persigue al rebaño de las nubes  
 Como a un rebaño de elefantes espantados.  
 Arcoiris: dile muestra gratitud!*

*Dile: No te enfades!  
 Dile: No te irrites!  
 Dile: No los mates!  
 Pues tenemos pavor,  
 Arcoiris, dícelo!*

Más adelante, nos toparemos de nuevo con los pigmeos, con los negrillos de la floresta ecuatorial, enfrentándose con la muerte. Y veremos también entonces la fuerza de su poesía y el tremendo, lancinante, clamor de su condición humana: la misma nuestra.